

# Novela Popular Cinematográfica

Año II  
Número 84

El triunfo  
del honor



25 centimos

Protagonistas  
Rockcliffe Fellows

TRIEUNG WITH HONOR 1923

## El triunfo del honor

*Argumento de la grandiosa película de costumbres deportivas así titulada, de la famosa marca «Joya Universal», exclusiva de «Hispano American Films», Valencia, 233.*

PROTAGONISTA: ROCKCLIFFE FELLOWS

En San Quentin, presidio norteamericano donde el crimen se paga en plazos de un año—desde uno hasta cincuenta,—el tiempo que llevaba allí encerrado no había entenebrecido el alma fría, dura, vacilante, del «Niño de la Pipa», un deliriente extraño, malhumorado, lleno de ímpetu.

El día que cumplió su condena, el director del establecimiento hizo que lo condujeran a su despacho, y allí le dijo:

—Le ha sido a usted concedida la libertad. Tenga cuidado de no reincidir.

Y tendió la mano al libertado. Pero éste guardó las suyas en los bolsillos, donde las tenía; miró al director un tanto despectivamente, se encogió de hombros y salió de allí.

Pocas horas después llegaba a la ciudad vecina, en cuya estación le esperaba Ida Malone, su prometida, una muchacha infortunada que a pesar de todo amaba al «Niño de la Pipa».

Se saludaron, cordialmente por parte de ella, con frialdad él. Y ella, apasionada, exclamó:

—Pero Kid, ¿no me besas?

El miró en torno con una mirada atravesada, que



hizo que se retiraran unos curiosos que los estaban observando, y luego, como por compromiso, besó a su prometida.

Esta, advirtiéndole la frialdad de aquel beso dijo con cierta timidez:

—No te has olvidado de tu promesa, ¿verdad, Kid?

—No, no la he olvidado. Pero, ¿cómo nos vamos a casar sin dinero?—respondió él sin interés.

Ella repuso, desazonada:

—Yo he guardado un poco, lo suficiente para empezar.

—Muy bien; eso está muy bien. Ahora me voy a ver a mi madre, de quien hace mucho tiempo que no tengo noticias. La pobre ha sufrido tanto como yo mi sentenceir, contando los días. Después iré a tu casa y hablaremos detenidamente de lo que podamos hacer.

Con la misma frialdad por parte de él y el mismo calor respecto de ella, se despidieron.

Y el «Niño de la Pipa» se encaminó, solo, al barrio en que vivía su madre, el más misero de la ciudad. Un barrio pobre, sucio, terriblemente miserable.

Por las calles había multitud de criaturas desarrapadas, jugando de un modo poco menos que salvaje. El «Niño de la Pipa» atravesó gran número de aquellas callejas y al fin se paró ante una casa media derrumbada, mal oliente y misera.

Subió luego la escalera y entró en una habitación donde los pocos muebles que había estaban mal colocados y revueltos. Ante aquel cuadro estuvo un momento en silencio. Luego, realmente emocionado, gritó:

—¡Madre!

Nadie le contestó. Voleó a gritar y tampoco obtuvo respuesta. A la tercera vez que gritó apareció un viejo débil y agotado, que andaba con mil fatigas, el cual, dejándose caer sobre una butaca derrengada, dijo:

—Has llegado tarde. Anteayer aún estaba aquí. Ayer...

—¿Qué?

—¡Murio!

Kid, como le había llamado su prometida, se llevó las manos al rostro, en el que se plató un gesto de amargura terrible. Su dolor fué realmente tan grande que no pudo ni sollozar.

El viejo le miraba con pena. La conocía desde niño, pues siempre habían vivido todos en aquella casa, amontonados, para que el alquiler no resultara tan penoso.

El «Niño de la Pipa», cuando empezaba a oscurecer, salió de la casa a respirar un poco el aire libre. Era el primer día de Carnaval y todas las calles estaban llenas de misérrimas. Las miraba con odio y con rabia. Cansado, al fin, de dar vueltas por aquel barrio miserable, volvió a la casa; no hubo de entrar. En la puerta había un montón de muebles y entre ellos, acorralado, estaba su vecino, el viejo vecino de su madre que le había dado la noticia de la muerte de ésta. Acababan de desahuciarlo. Kid, cuyo odio a todo era inmenso y que había aumentado en pocas horas de un modo terrible, pues acusaba a la sociedad entera de la muerte de su madre, cogió al casero que estaba en la puerta de la casa, con aire triunfador, y lo arrojó al suelo de un solo golpe. Acudieron unos guardias contra los que se rebeló, ciego de ira, venciendoles. Acudieron más guardias y al fin pudieron dominarle y prenderle. Había salido por la mañana de presidio y su mala fortuna le abría otra vez las puertas de la prisión.

Mientras Kid era conducido ante el juez, Ida, en su domicilio, le esperaba impaciente, no obstante estar muy ocupada en los quehaceres de su hogar, pues se hallaba preparando su cena y la de su hermano, con quien vivía, solos los dos y huérfanos, es decir, infortunados.



Su hermano, que aun era un muchacho, se llamaba Jaime y era travieso como él solo y sólo pensaba en jugar y en diablear, sin darse cuenta de las fatigas que pesaba su hermana para poder alimentarlo. Ida, en efecto, era para su hermano, padre y madre a la vez.

En el juzgado adonde Kid fué conducido, por gran número de guardias, el juez le dijo, en cuanto supo quien era:

—La prisión debió haberte enseñado a respetar las leyes, pero no ha sido así. Has vuelto a delinquir el primer día que te hallabas en libertad.

Kid no respondió nada, se contentó con mirarlos a todos con indiferencia primero y luego con odio.

El juez añadió:

—Eres una amenaza para la sociedad y te mando de vuelta al presidio hasta que aprendas a ser un ciudadano útil.

Al oír la palabra presidio Kid se sintió impelido a huir. Con un ímpetu insospechado, se deshizo de los dos guardias que le sujetaban, a los que arrojó al suelo, y salió corriendo del juzgado. Pronto estuvo envuelto entre la multitud enmascarada que transitaba por las calles. Pero viendo que gran número de guardias le seguía y no considerándose seguro, se acercó a un vendedor de caretas y emprendió conversación con él, para distraerle y poderle robar un disfraz, pues que no tenía dinero para comprarlo. Pronto consiguió su objetivo y cuando el vendedor se dió cuenta de lo que había sucedido, Kid se hallaba ya lejos de él y con una careta puesta por manera que nadie hubiera podido reconocerle.

Disfrazado de aquel modo, se encaminó al domicilio de Ida, que estaba sola y que le abrió la puerta después de haberse informado convenientemente de que era él.

Al entrar y quitarse la careta, Kid dijo:

—¿Mi madre ha muerto?

Ida no esperaba aquella noticia y se apenó con ella de un modo visible.

Kid, con dureza, pues no estaba su ánimo para otra cosa, agregó:

—Acabo de pegarle al amo de la casa en donde mi madre vivía porque al volver esta noche le visto que había desahuciado a nuestro vecino; también le he pegado a los guardias que me hicieron en su auxilio; pero llegaron más, me prendieron y me llevaron ante el juez, que me dijo me iba a mandar otra vez a presidio. Entonces me he escapado...

—Pero Kid, ¿cuando vas a acabar de ser de ese modo? ¿Tu mismo te haces desgraciado y nos haces desgraciados a todos?

—No hablemos ahora de eso; no hay tiempo para ello. He de huir, pues me buscan... ¿Dónde tienes ese dinero que guardabas?

—¡No, no me lo pidas! Te irás con él y ¿qué va a ser de mí y de mi hermano? ¡No nos dejes solos otra vez!

—No puedo ahora ocuparme de vosotros. ¡Comprendelo! Debo desaparecer. Pero espero tener suerte y entonces volveré.

—Nos iremos contigo Kid. Compartiremos tu suerte.

—¿Imposible! Gracias si puedo escaparme solo.

Ida insistía en marchar con él. El pensamiento de que tenía que entregarle sus ahorros, a costa de tantos apuros conseguidos, se le hacía muy penoso. Irse con él y gastarlos si era preciso, lo juzgaba más hacendoso.

Kid, advirtiendo que no quería darle el dinero, única esperanza suya para escapar, dijo secamente:

—Está bien, que no quieras ayudarme. Ello habla bien claramente del amor que me tienes. ¡Adiós!



Y se encaminó a la puerta.

Ida, con un grito, le hizo volver. Revolvió la cómoda y le entregó hasta su último centimo. Pero toda la escena fué silenciosa. Con el dinero ya en su poder, Kid la abrazó, por primera vez de un modo cariñoso. Luego volvió a colocarse la cateta y salió. Ida, en cuanto hubo salido él, se dejó caer en una silla y dió rienda suelta a sus lágrimas que estuvieron corriendo por su rostro casi toda la noche. Presentía que todas sus esperanzas de matrimonio con Kid acababan en aquel instante.

Pasaron, en efecto, cinco años, sin que tuviera la menor noticia de su antiguo prometido. Al fin, cansada de esperar, admitió los galanteos de un periodista del diario en cuyas oficinas ella trabajaba. Se mudó de casa, para abandonar por completo todo su pasado y aunque seguía pasando muchos apuros para sacar a su hermano adelante, se consideraba menos desgraciada. Ciertamente, no amaba al periodista como había amado a Kid, pues éste fué su primer amor y se grabó para siempre en su alma, pero el periodista tenía para ella un fin de atenciones que agradecía de un modo fervoroso.

Su hermano estaba ya hecho un adolescente, pero influenciado por sus compañeros, fumaba, bebía, no trabajaba ni hacía nada por buscar trabajo, lo que desesperaba a Ida, que deseaba hacer de Jaime un hombre de provecho. Volvía a altas horas de la noche y se levantaba al mediodía. Estaba entregado por entero al béisbol, el juego del país, y soñaba con ser un jugador de fama. Todo el día se lo pasaba jugando a este deporte con sus compañeros, y volvía al hogar rendido. Por esta razón no hallaba por la mañana hora propicia para levantarse.

Una mañana, después de desayunarse, habiendo leído un anuncio en el periódico, Ida entró en el cuarto de su hermano y le dijo:

—¡Jaime! ¡Jaime! Vístete ahora mismo y ve a ver

que te dicen acerca de esta colocación que anuncian en el periódico. Es una cosa que te conviene.

A regañadientes Jaime se levantó. Pero como ya era la hora en que Ida tenía que marcharse, en cuanto oyó que ésta cerraba la puerta, se volvió a la cama y poco después dormía de nuevo profundamente.

Allí a las doce despertó. Buscó un periódico deportivo que tenía escondido y se puso a leerlo. Una noticia le llamó la atención y la leyó un montón de veces: Decía aquella noticia: «El equipo Angeles, de Los Angeles, ha comprometido a Bat Shagrite, notable jugador, Rey de los «Home Runs» de la liga Inter-State. El juego de Bat produjo sensación la pasada temporada. Su cómputo de golpes a la pelota, arrojó un término medio de 318, incluyendo 59 «home-runs».

Se explicaría fácilmente el interés con que Jaime leyó, esta noticia cuando se diga que él era partidario del equipo Angeles, y que Bat era, desde el año anterior, el ídolo de toda la juventud del país aficionada al béisbol.

Estaba leyendo de nuevo la grata noticia cuando oyó que su hermana abrió la puerta. Era ya mediodía e Ida volvía después de su media jornada de trabajo, a comer. Jaime se levantó a escape y se escondió en un rincón de la estancia. Pero no engañó a su hermana, que pronto le encontró y le reprochó su conducta, aunque con frases cariñosas. Jaime, comprendiendo que su hermana tenía razón, no contestó nada. Pero comprendía que a pesar de todo, él seguía sin remedio siendo de aquel modo.

Ida, con pena, recordaba a Kid y pensaba que de haberse casado a tiempo con él, entre los dos habrían hecho de su hermano lo que ella sola se veía imposibilitada de hacer, pues el cariño que tenía a Jaime le evitaba el obrar con energía.

Por la tarde, salieron juntos Ida y su hermano. Pero en la calle, muy pronto, se separaron. Jaime estuvo toda



la tarde con sus amigos comentando la incorporación de Bat al equipo Angeles.

Y no eran solo los niños los que hablaban de aquel asunto. En toda la ciudad casi no se hablaba de otra cosa. En los cafés, en los restaurantes, en las redacciones de los periódicos, el tema preferente era el de hablar de Bat, a quien nadie conocía todavía personalmente, si bien todos sabían su fama.

El dueño del periódico en que Ida y su novio trabajaban, advertido del interés que en la ciudad había despertado la personalidad de Bat, imaginó un plan para hacer vender su periódico en grandes tiradas aprovechando aquella oportunidad. Al efecto, hizo que fuese a su despacho el periodista novio de Ida, y le dijo:

Conviene entrevistar a Bat Shugrue para que nos relate la historia de su vida con el fin de publicarla en nuestro periódico. Así es, que salga usted ahora mismo y búsquele y consiga esa historia, pero con prontitud. He sabido que Bat ha llegado esta mañana a Los Angeles.

El periodista, contento de que se le encargara aquel trabajo, estaba también, sin embargo, bastante colmado, temeroso de no saber cumplir aquella misión. Timidamente, preguntó al dueño del periódico:

—¿Que tal hombre es ese Bat? ¿Sabe usted algo?

—No, no sé nada. Pero eso no se pregunta. ¡Usted lo averiguará!

La razón era concluyente y el periodista salió del despacho de su principal, contento por una parte, preocupado por otra.

Bat Shugrue, había llegado en efecto aquella mañana y se hospedaba en el mejor hotel de la ciudad. Le acompañaba, como si fuera su sombra, un tipo llamado Lute Clot, un jugador que en su tarjeta profesional se daba el título de corredor de bolsa. Además les acompa-

ñaban a ambos otros sin fin de tipos extraños, amigos de Lute, pero que se hospedaban en hoteles más modestos. Eran una cuadrilla de jugadores de ventaja, pero no de baseball, sino de las apuestas que se cruzaban, los cuales se pasaban la vida en juergas y banquetes cuyo final siempre era el mismo, es decir, el juego de azar en que unos a otros se arrebataban el dinero. Especialmente Bat



perdía siempre. Era claro que todos los demás estaban de acuerdo para ello, lo cual era el designio de Lute que quería prestar dinero siempre a Bat para algún propósito poco limpio. Bat, entregado al vicio de la bebida y erigido en amante de cuantas mujeres se cruzaban en su camino, no se daba cuenta cabal de nada de lo que acontecía en su entorno.

En las habitaciones del hotel que ocupaban, además de Lute y Bat, había una manicura, llamada por éste.

Habiendo terminado la manicura su trabajo, Bat se acercó a Lute y le dijo:

—Dame dinero, Clot.



Este le entregó un billete de cinco dólares y Bat, tomándolo, murmuró:

—Cinco más que te debo.

—No piense en eso. Va habrá ocasión de que me pague.

—¡Oh, ya lo sé!

Salió la manicura que casi invitaba a Bat a que la siguiera. En la puerta, tropezó esta con el periodista, novio de Ida, que llegaba. El cual fue recibido muy sencillamente por Bat. El, sin embargo, hizo como que no se daba cuenta de ello y dijo:

—Yo me llamo Lewis, y he sido enviado por el periódico más importante de la ciudad para averiguar la historia de su vida.

—Ahora no puedo atenderle. Estoy muy ocupado—le contestó Bat con rudeza.

—¡Mire! Yo tengo que enterarme de los detalles de su vida, forzosamente. ¿Que hacía usted antes de dedicarse al juego de pelota?

Bat—ya es hora de decirlo—que no era otro que el que conocimos con el nombre de «Niño de la Pipa», recién licenciado de presidio, miró al periodista con rabia, pues que le preguntaba por un pasado que él no quería recordar y le contestó con voz destemplada:

—¡Oiga usted, amigo: esas son preguntas un tanto impertinentes!

—No se incomode. Todo lo que necesito son algunos detalles, y yo compondré el resto. Lo importante es que desde mañana salga una historia de usted en nuestro periódico.

Bat, sin escucharle, se dispuso a salir del hotel con Lute. El periodista los siguió y en el ascensor volvió a insistir con nuevas preguntas.

—Diga—exclamó Bat—Usted escribe para ganarse la vida, ¿no es verdad? Pues bien, yo juego para lo mis-

mo; así es que usted siga escribiendo y yo seguiré jugando.

Al punto, el periodista se desorientó, pero sabiendo que de aquella tarea que le habían encomendado dependía quizá su suerte futura, siguió al famoso deportista y a su acompañante hasta la puerta del hotel, donde ambos tomaron un auto y se disponían a partir sin despedirse de él. Sin saber ya qué decir que fuese convincente, preguntó a Bat, dispuesto él a inventar una historia:

—¿Aprobará usted lo que yo escriba?

—Seguramente, si me gusta. Pero si no me gusta, voy a hacer un hombre runsa con su ojo derecho.

El periodista rió como si Bat hubiese dicho una cosa muy graciosa y partió hacia la redacción del periódico, cuando ya Bat y Lute se habían alejado en el auto.

En tanto que el pobre galeote de la pluma se dirigía a las oficinas del diario, iba trazando el plan de la historia que escribiría de Bat. Para no disgustarle—según creía él—debía presentarlo desde la niñez como una criatura modelo. Y ya que no había podido adquirir ni un solo dato de la vida pasada de Bat, el inventaría lo-  
litudinal de ellos que fuesen halagadores. ¡Muy lejos de pensar que sufría una gran equivocación en sus apreciaciones estaba el periodista! Pero no adelantemos los acontecimientos.

El caso es que cuando llegó a la redacción, sin tardanza se puso a trazar la historia del célebre deportista.

En tanto, su novia, Ida, luchaba con Jaime para que buscara una colocación.

—¿Has ido a Hollywood para ver si te admitían a trabajar?—preguntó Ida a su hermano.

—No, tenía dolor de cabeza y de estómago. Me parece que no se puede buscar trabajo cuando se está enfermo...



—¡Jaime, Jaime! ¡No te haces cargo de nuestra situación y ya casi eres un hombre!...

—Además, ¿cómo iba a ir si no tenía dinero para el tranvía?

—Toma dinero. No me acordé de dártelo ni tú me lo pediste. Es una disculpa que no está bien, Jaime.

El muchacho cogió el dinero y no dijo nada. Y poco después, en lugar de ir a buscar la colocación, con aquellos céntimos se compró una entrada para asistir a un partido de baseball, primero en el que tomaba parte Bat, aquella misma tarde.

Todos los amigos de Jaime asistían y disputaban las jugadas. La mayoría de ellos se entusiasmaron con el juego de Bat y le aplaudieron ruidosamente. Pero uno de aquellos muchachos, que le gustaba contradecir, tomó partido por el jugador más destacado del equipo contrario, que se llamaba Babe Rhut.

La disputa de Jaime con este muchacho fue acerbada. Y en cuanto se terminó el partido, en los mismos alrededores del campo, en vez de disputar, pelearon, con gran complacencia de la demás chiquillería, que se divertía de lo lindo.

En el preciso momento en que la lucha de los dos muchachos era más enconada y cuando ya se habían dado gran número de golpes y se habían destrozado en gran manera la ropa, acercó a pasar por cerca de ellos el propio Bat, que se acercó y los separó y les preguntó por qué se peleaban.

Le he pegado—dijo Jaime—porque dice que Babe Rhut juega mejor que usted.

Rió Bat y dijo:

Vamos a considerar que jugamos los dos lo mismo de bien y, para celebrarlo, daremos una vuelta por la ciudad en mi coche.

Bat hizo subir a tantos chicos como cabían en el

auto, y marchó con ellos, contento y satisfecho. Aquel acto sencillo y natural, realizado sin pretensión de nada, acató por ganar todas las simpatías de los jóvenes para Bat.

Cuando Bat les dejó después de haber charlado con ellos amigablemente, Jaime se encaminó a su casa. Ida le esperaba, inquieta e impaciente, pues ya era noche cerrada. Jaime entró en la casa con la cabeza baja, como temeroso de que la viera su hermana. Esta, salió a recibirle y le acarició, pues que su llegada calmaba su inquietud. Y antes de que ella le preguntara nada, Jaime dijo en voz baja:

—No he podido conseguir trabajo, porque los tranvías iban llenos de gente y no he podido tomar ninguno.

Entonces Ida se fijó en él y vio que llevaba las ropas destrozadas. Le preguntó con la mirada a qué obedecía aquello y Jaime, naturalmente, repuso:

—Viendo que no podía tomar ningún tranvía, empecé a andar camino de casa y me atropelló un automóvil. Por fortuna no me hizo nada. Solo la ropa sufrió los desperfectos que ves.

Jaime creyó haber convencido a su hermana y ésta, aunque comprendía que su hermano mentaba, pues era imposible que un auto le hubiese roto la ropa de aquel modo sin hacerle a él nada, no quiso pedirle explicaciones. ¿Para qué?

Llamaron en aquel momento a la puerta, e Ida hizo que su hermano se retirara a su habitación, pues que no estaba presentable.

Quien llegaba era el periodista, que ya había empezado a escribir la historia de Bat, inventada por él.

Se saludaron atentamente, y el periodista dijo:

—Quiero leerle el primer capítulo de la vida de Bat Shugrue para que usted me dé su opinión.

Desde su cuarto, Jaime oyó estas palabras y se acer-



có, curioso, a la puerta, para escuchar lo que el periodista leyera. Este, sacando gran número de cuartillas dispuestas en forma de libro, leyó:

—Historia de la vida de Bat Shugrue, relatada por el mismo. Capítulo primero. Para empezar, deseo hacer presente que cualesquiera que sean mis buenas cualidades, las debo a las enseñanzas de mi madre. Nunca he fumado, ni masado tabaco, ni bebido alcohol, ni usado malas palabras; pero tampoco he sido considerado afeinado.

Jaime había prestado gran atención a la lectura de estas palabras, que, por contraste con su vida de fumador, de bebedor, de lenguaje poco conveniente, lo emocionaron. Claro es que la emoción, más que por su conducta, nacía de lo que admiraba a Bat. Como lo admiraba, el saber que habían tenido una niñez muy distinta de la suya le hizo meditar en que le sería forzoso cambiar de vida. Entonces pensó por primera vez en las advertencias de su hermana, en las palabras que siempre le habían dicho y en sus consejos, que tendían a que hiciera lo que, según lo que acababa de oír, Bat había hecho cuando niño. Se sintió conmovido de pena por no haber hecho caso de su hermana y, en silencio, abrió la puerta y se fué acercando al grupo que formaban Ida y el periodista, procurando que estos no lo advirtieran.

El periodista prosiguió leyendo:

A la edad de catorce años ya estaba al cuidado de mi invalida madre. Empecé a trabajar como mensajero y con mis ganancias pagaba la hipoteca sobre nuestra casa.

Jaime, entusiasmado, gritó:

¡Yo le conozco! ¡Yo conozco bien a Bat Shugrue! ¡Hoy he estado toda la tarde con él en su automóvil.

El periodista e Ida, que no sabía que el muchacho estaba allí, volvieron la cabeza sorprendidos. A Ida le

extrañó el gesto que había en el rostro de su hermano. Parecía otro muchacho. Estaba transformado. Pensando en que aquella transformación se debía a lo que había oído de la historia de Bat, que a ella también le había interesado mucho, pues que una cosa así es lo que ella quería que fuese su hermano, exclamó:

—¡Qué buen hombre debe ser ese Shugrue!

El periodista no contestó. Recordaba la sequedad y la aspereza de Bat y lo poco atento que con él había sido. Sintió nada más con una sonrisa que era toda una confesión de la falsedad que estaba perpetrando al escribir aquella historia.

Pero Ida no supo interpretar aquella sonrisa. Sólo oyó que su hermano, a su exclamación, había contestado:

—¡Buen hombre! ¡George Washington no era mejor que él!

Ida hizo que Jaime volviera a su cuarto y se quedó charlando con el periodista de sus proyectos para el futuro.

Jaime, en su habitación, decidido desde aquel momento a cambiar de vida para imitar a Bat, comenzó a revolverlo todo y a sacar el tabaco que tenía escondido en todas partes: detrás de los cuadros, debajo de la cama, metido en los juguetes que había encima de la cómoda. Hizo con todo él un gran paquete y lo arrojó al fuego. Luego, tranquilo y sonriendo, se metió en la cama. Creía haber realizado una acción heroica y estaba dispuesto a, desde la mañana del próximo día, emprender una vida distinta, de trabajo y de atracciones para su hermana; una vida, en fin, que fuera el principio para llegar a ser lo que Bat era; y debía empezar por tener una adolescencia como la que éste había tenido, según el principio de la historia de su vida que había oído leer.



A la mañana siguiente, el director de *El Examinador*—que así se llamaba el periódico que iba a publicar la historia de Bat—, se mostró muy satisfecho de la labor del periodista y dio un sin fin de órdenes para la propaganda de aquella novedad de su diario.

El periodista, al salir del despacho del director, se acercó a Ida y, entregándole un fajo de papeles, le dijo:

—Aquí está la historia de Shugrue, y sus fotografías. El director dice que haga usted una copia.

Dicho esto se alejó para cumplir otras disposiciones e Ida, después de verle alejarse, se dispuso a realizar lo que se le había dicho. Antes, quiso ver el retrato de aquel hombre tan célebre. Al comprobar que Bat era Kid, su antiguo prometido, vaciló y estuvo a punto de desvanecerse por la sorpresa inesperada y por la falsedad que significaba toda aquella historia de un hombre que ella conocía tan bien. Hizo un gran esfuerzo por serterarse y comenzó su tarea, dispuesta a no decir palabra a nadie de su descubrimiento. Sin embargo, a medida que iba copiando aquella serie de mentiras, sentía que su limpieza de alma se rebelaba contra ellas.

Mientras, en su cuarto del hotel, Bat dormía una borrachera enorme, cogida la noche anterior en compañía de Lute y sus secuaces y de unas cuantas mujeres frívolas que, como mariposas en torno de la luz, rodean siempre al hombre acariciado por la fama. En las horas del alba, toda aquella gente se hallaba jugando a los naipes. Bat, como siempre, perdió cuanto dinero tenía. Pero Lute estaba allí para prestarle más. El préstamo siempre iba acompañado de la firma de un cheque que pasaba de manos de Bat a las de Lute.

El contraste entre la historia que iba a empezar a publicarse aquel día y la vida que Bat llevaba era realmente asombroso. Pero, las gentes le suponían como «fijera la historia y no como era en realidad».

Aquella misma tarde, para todas las gentes de la ciudad, Bat era un héroe mucho mayor que Napoleón.

En efecto, todas las esquinas se llenaron de anuncios de *El Examinador*, que salía en las primeras horas de la noche. La gente hacía cola para leer aquellos llamativos anuncios, y como todos eran elogiosos de la figura de Bat en grado sumo, Bat comenzó a ser el ídolo de todos.



Decía un anuncio:

—Bat Shugrue, el primero con «batting average» de 412 por ciento. ¿Por qué? ¿Cuál es el «batting average» de usted en la vida? Leed la historia de la vida de Bat Shugrue, escrita por él mismo. El rey de los «home-runs», el sport más importante de América, dará diariamente, en *El Examinador*, un interesante mensaje a la juventud del país.

Otro anuncio decía:

—El que no lleve una vida limpia y buena, no puede



esperar tener éxito. Este es el mensaje de Bat Shugrue que publicará hoy *El Espectador*.

—Decía otro anuncio:

—En el primer capítulo de la vida de Bat Shugrue, rey del «home runs» en Baseball, se dice: Aquí está el ejemplo de un muchacho verdaderamente americano que ha tenido éxito. ¿No les da a ustedes, jóvenes holgazanes, verdadera vergüenza al ver cómo han vivido y lo que han hecho? Yo no he querido ser tan ordinario y malo, pero todos los muchachos me decían que era una niña y me hacían burla porque me negaba a hacer lo que ellos.

—A Bat Shugrue —según el anuncio— no le importaba que le llamaran niño. Por eso ha llegado a ser lo que es.

Entretanto que la gente se atremolaba y se atrepellaba por leer los anuncios, Bat con Lute, pasaba en auto, a una velocidad prohibida. Tanto, que un guardia los hubo de multar.

Ida volvió al medio día a su casa triste y asquenta de los anuncios que había visto por la calle. Su hermano la recibió vestido de mensajero y le ayudó a quitarse el abrigo y el sombrero, lo que la sorprendió grandemente.

Jaime sonriendo le dijo:

—Voy a tratar de ser como Bat. Al efecto, ya me he buscado esta mañana un trabajo como el tuyo cuando empezó a trabajar.

Desde la ventana de la casa de los dos hermanos se veía uno de los anuncios, pegado en una esquina de enfrente que decía:

—Mi juventud estuvo llena de aventuras. Cuando todavía era niño, capecé a una cuadrilla de ladrones. Por ese hecho me consideraban algo así como un héroe. Un juez de mi ciudad natal me regaló una medalla de oro.

—Voy a tratar de ser tan valiente y tan bueno como Bat—gritó Jaime.

Su hermana le besó con cariño. El añadió:

—Bat nunca fumó. Yo he quemado todo mi tabaco. Fumaba porque mis amigos no me dijeran niño. Pero a Bat esto no le importó, lo dice su historia. Bat no bebió nunca nada más que agua. Yo tampoco beberé en lo sucesivo alcohol, como hasta aquí, con mis amigos. A Bat le dieron una medalla de oro. Yo procuraré que me den una. ¿Que buen hombre es Bat, verdad, hermana mía?

Ida acarició a su hermano sin decir nada. Le complacía que hubiera sido la persona de Bat, aunque por modo indirecto, quien hubiese dado lugar a aquella transformación de su hermano querido. Y viendo que realmente Jaime era otro, pues que además de lo que decía y de lo que había hecho cuando ella llegó, de ayudarlo a quitarse el abrigo y el sombrero, había también quitado cosas de encima y encendido la lámpara para que ella tuviera mejor trabajo, exclamó conmovida:

—¡Dios bendiga a Bat Shugrue!

En esto, se acercaba el partido de baseball más importante de la temporada, que había de ser entre el equipo Angeles, al que pertenecía Bat, y otro de Vernon, empataados para el campeonato. Lute y los demás especuladores que le acompañaban, se hallaban adoptando medidas para que sus apuestas fuesen una cosa segura y de ganancias fabulosas. Al efecto, tenían que jugar contra Bat, por quien todos apostarían, para ganar mucho. Lute se había encargado de procurar que Bat perdiera, para lo cual contaba, además de con los pocos escrupulos de éste, con el arma de las fuertes cantidades que le debía...

Todos sus secuaces, aguardaban en un cuartucho de un barrio miserable, aquel día, a Lute, que debía llevarles la noticia de si Bat consentía a sus designios.



Lute llegó, entró, y dió rebotando de alegría:

— Bueno, he conseguido de Bat lo que quería: El hará que su equipo pierda el juego y nosotros ganaremos una fortuna. Le pagaremos a El, por esto, diez mil dólares.

Todos se pusieron alegres por aquella noticia.

Lute agregó:

— Voy al banco por el dinero. Si Bat llega, díganle que me espere.

Lute salió. En la escalera tropezó con Jaime, que iba allí a llevar un encargo, pues que trabajaba de mensajero. Este le reconoció y suponiendo que allí se diría algo de Bat, se propuso enterarse de lo que ocurriera. Al efecto, después que hubo entregado su encargo, empezó a recorrer todos los pasillos de la casa, escuchando en las puertas. Hasta que llegó a aquella en que estaban los secuaces de Lute, donde oyó decir a uno:

— El equipo de Vernon ha de ganar el campeonato aunque nos sea necesario mandar a Bat al hospital.

Al oír esto, Jaime no se pudo contener. Dio un empujón a la puerta y se personó en la habitación donde aquellos hombres estaban. Una vez dentro, gritó:

— Les he descubierto a ustedes, timadores, tratando de impedir que el equipo Angeles gane el campeonato.

Todos se quedaron sorprendidos y miraron al muchacho estupefactos. Este añadió:

— Pero Bat Shagrer es amigo mío y yo no permitiré que lo pongan en el hospital, como han dicho. Le avisaré de lo que tratan de hacer con él, para que se ponga en guardia.

Comprendiendo que aquel chico podía comprometer sus planes, se abalanzaron sobre él y lo llevaron a un cuarto apartado donde le encerraron. Jaime que se defendió con todas sus fuerzas, fué arrojado al suelo poco menos que sin conocimiento. Cuando se relizó un poco,

trató de escapar. No había por dónde. Se desesperó y se dejó caer sobre unos trastos viejos, en espera de una casualidad que lo sacara de allí.

En aquel momento entraba Bat en el cuartucho en que los timadores esperaban. Todos le recibieron con grandes muestras de consideración. El, mirándoles un poco despectivamente, dijo:

— ¿Ha dejado Lute un paquete para mí?

— No. Ha ido al banco. Vuelve en seguida. Ha dicho que le espere aquí.

— Esperaré — contestó, y fué a sentarse.

Hemos encerrado a un muchacho que nos estaba espionando — le dijo uno de ellos —. Dice que es amigo de usted.

— ¿Dónde está?

Le indicaron el cuarto en que habían encerrado a Jaime, llevándole hasta la puerta. Como hablaban, Jaime reconoció la voz de Bat y gritó:

— ¡Bat! ¡Bat!

Como éste no le contestara, Jaime gritó de nuevo diciendo:

— ¿No me conoce usted, Bat? Yo soy Jaime, aquel muchacho que le pegó un día a otro chiquillo porque dijo que Babe Rhud era mejor jugador que usted.

Bat, entonces, ordenó a los compinches que abrieran la puerta y entró en el cuarto donde estaba Jaime, cerrando él por dentro. Los otros hicieron como que se marchaban, pero volvieron en seguida para escuchar lo que Jaime y Bat hablaran.

Jaime, al ver a su lado a Bat, le dijo con cariño y con entusiasmo:

— Me alegro mucho de que haya usted venido, porque esos timadores están tratando de arruinarle.

— ¿Sí?

— Sí. Están hablando de sobornar a algunos juga-



dores de su equipo, y yo estoy seguro de que usted no ha de permitir eso.

Bat, pensando que el único sobornado era él, sintió vergüenza en el fondo de su alma. Por un fenómeno muy natural, creyó ver a su lado a otro Bat, al Bat que él era, en tanto que él quería considerarse como el Bat que Jaime suponía durante todo el rato que duró la charla de Jaime, los dos Bat estaban allí, pero sólo Bat los veía, en tanto que Jaime no veía nada más que uno, aquel a quien decía esas palabras encendidas y plenas de entusiasmo, las cuales palabras eran así:

—Yo y mis amigos y todos los muchachos del país entero sabemos el nombre que usted tiene. ¿No hemos leído todos la historia de su vida, escrita por usted mismo y no ganó usted una medalla de oro por capturar a una partida de bandidos?

Bat escuchaba en silencio y advertía que las frases ardorosas de aquel muchacho que le admiraba tenían la virtud de que se esfumara el Bat que él era y fuera tomando cuerpo el Bat que Jaime creía que era.

El muchacho, después de una pausa, añadió:

—Cuando al decir a esos fanadores que le iban a poner en un hospital para que no pudiera hacer más «homé-runs», me acordé de la historia de su vida, y de que usted pone ante todo, su honor, e hice el firme propósito de ayudarle si me era posible.

—¿Tan buen hombre te parezco, muchacho?

—¡Oh! ¡Preferiría ser usted, a ser el presidente de la república.

Ante esta frase de entusiasmo, Bat vio desaparecer el Bat que había sido hasta aquel momento y dijo a Jaime:

—Se ganará el campeonato, chiquillo.

Jaime estuvo tentado de cruzarlo.

Bat abrió la puerta y ambos salieron. Los que esca-

chaban, al darse cuenta de que iban a salir, se habían metido en el cuarto en que antes estaban.

Allí fue Bat, llevando a su lado a Jaime. Al entrar, dijo con voz segura:

—¿De modo que ustedes me van a poner en un hospital, eh?

—No haga caso de ese chiquillo; ha mentido, él sabrá por qué.



Jaime les resultó, indignado, y Bat añadió:

—Bueno. Pueden decirle a Lute, cuando regrese, que voy a ganar un «homé-runs» en cada período del juego, ¿se enteran?

—¡Ah, doble traído!—gritó uno de aquellos hombres, y se arrojó sobre él, lo cual fue una señal para los otros, que hicieron lo mismo. Pero Bat era fuerte y pronto, con la ayuda de Jaime, tuvo fuerza de combate a la mayor parte de sus enemigos. Sin embargo, quedaban tres, que se resistían, uno luchando con Jaime,



al que al fin vació arrojándole maltrecho sobre un rincón, con lo cual él tuvo ante sí, además de los anteriores, este nuevo combatiente. Al fin se quedó solo, dueño del campo. Todos los demás yacían en el suelo incapaces de continuar la lucha.

En este momento llegó Lute, con los diez mil dólares, y al ver a todos sus secuaces tendidos exclamó:

¿Qué sucede, Bat? ¿Has bebido demasiado?

No. Sucede que no hay nada de lo convenido. Que voy a hacer que triunfe mi equipo.

Y bien, ¿qué hay de estos pagurés?

Te los liquidaré después que se jueguen los partidos, pero yo voy a ganar, ¿te enteras, Lute?

Lute no creyó conveniente entrar en explicaciones en aquel momento y se calló, guardándose los pagurés y el dinero.

En aquel momento recibió el conocimiento Jaime y al ver a Bat en pie junto a él le preguntó:

¿Se fueron todos, Bat?

Si, ya se han ido—contestó éste y cogiendo al muchacho en sus brazos, salió del cuarto y de la casa.

En la puerta esperaba el auto en que Bat había ido. Saludó Bat a él, colocó a Jaime en el mullido asiento, y dio al chofer la dirección del domicilio del muchacho.

Cuando llegaron a la casa de Jaime, Ida no estaba allí. Jaime rogó a Bat que esperara a que volviera para presentarlo. Entretanto, estuvieron charlando de mil cosas extrañas.

Llegó Ida. Jaime los presentó. Ambos hicieron lo imposible por no descubrirse. Ida mandó a su hermano a que se mudara de ropa, pues toda la tenía destrozada y no preguntó por qué, segura de que no tardaría en saberlo.

En cuanto Jaime se hubo alejado, Bat exclamó, acercándose a Ida:

—¡Yo fui muy duro contigo, Ida, lo sé! Y sé también que habrás pensado muy mal de mí y de mi conducta. Sin embargo, yo volví por ti y te habías ido de la casa en que vivías y nadie me dio razón de tu nuevo domicilio. ¿Esta es la pura verdad?

—No hablemos del pasado, Kid. Mi hermano ahora a Bat Shogrué, y creo firmemente lo que los periódicos dicen de él. Por favor, evita una escena que le descubra quién eres, aunque no sea nada más que por él, porque para mí eres aún el «Niño de la Pipa», que me abandonó hace cinco años.

—Ida, te amo. Te he amado siempre y te sigo amando. Tu hermano, que es obra tuya, me ha hecho hacer poco ser hombre. Tú me harías serlo para siempre.

Va es tarde, Kid. Vete ahora, antes de que vuelva Jaime. Notaré algo raro en nuestros semblantes y sería terrible tener que darle explicaciones.

Bat, humilde por primera vez en su vida, salió de aquella estancia, lleno realmente de pena, por comprender que no era merecedor del cariño de una mujer como Ida.

Esta, en cuanto hubo salido su antiguo prometido, se puso a llorar. ¡Ahora sí que se iba para siempre su primer amor!

Bat encontró en la escalera al periodista que escribía su historia y al siquiera se saludaron. Sin embargo, Bat pudo ver que el periodista llevaba un ramo de flores con una leyenda que decía: «A la muchacha más linda de la ciudad».

Envidió en aquel momento Bat al periodista, al que hasta entonces siempre había mirado por encima del hombro, y salió a la calle verdaderamente emocionado y entristecido.

Cuando apenas el periodista se hallaba empezando a charlar con Ida, apareció en la estancia Jaime, ya



vestido de manera convencional. Al ver que Bat no estaba, preguntó:

—¿Dónde está Bat?

—Se ha marchado. Ha dicho que tenía algo muy urgente que hacer...

—¡Debías haber visto—dijo Jaime al periodista y a su hermana—la pelea que Bat y yo hemos tenido con unos timadores que estaban tratando de engañarle!

El periodista, que estaba enterado de toda aquella historia exclamó:

—Eso sí que tiene gracia. ¡Acaso tú no sabes que esos timadores y Bat Shugrue están de acuerdo para hacer un chantaje al día del partido por el campeonato?

Jaime, indignado, gritó al periodista:

—Usted es un gran embustero si afirma eso. Y si lo vuelve a decir, tendrá que dejar de venir a hacer atenciones a mi hermana, porque se lo prohibiré ya. No permito que se dude del honor de Bat.

Ida, por poner paz entre su pretendiente y su hermano, dijo con voz suave:

—Usted debe estar equivocado, Lewis. La historia de su vida es prueba de que Bat representa todo lo bueno y honrado.

Y Jaime, echando mano de los recortes de periódico en que se contaba la historia de Bat, se los presentó al periodista diciéndole:

—Aquí está la historia de su vida. ¿Por qué no la lee usted? Es muy posible que le sirviera de ejemplo.

El pobre periodista, que era el autor de aquella historia, no supo que contestar a Jaime, temeroso de molestar a Ida. Pero jamás había sospechado que se le pudiera decir que leyera aquello que él había inventado, para que le sirviera de ejemplo. Jaime, viendo que no le contestaba, se tranquilizó y volvió a empezar el relato de la gran lucha que habían sostenido él y Bat

con una partida de timadores, idéntico a la que Bat había capturado cuando aun era un niño, por lo que ganó una medalla de oro.

El periodista le escuchaba molesto, pues conocía ya a fondo a Bat y estaba avergonzado de lo que había escrito acerca de él, gracias a lo cual ya no sólo tenía la fama de jugador, sino también la de ser un hombre mediocre.

Ida, también escuchaba a su hermano con disgusto. Aunque seguía amando a Kid, como estaba quejosa de su conducta pasada, los elogios que oía hacer de él hacían un gran daño a su alma.

Al fin, avanzada ya la noche, el periodista se despidió. Jaime se fue a dormir. También Ida se encerró en su habitación, pero no para dormir, sino para llorar. Había vuelto a ver al hombre que amó cuando aun era casi una niña, y aquel amor había renacido en su pecho. Y sufría por no poder amar de aquel modo al periodista, que era un hombre atento para ella y cariñoso. Su corazón se negaba a admitir la posibilidad de casarse con él, y se estremecía alborozado al solo pensamiento de que pudiera volver la relación amorosa con Kid, del que su razón trabajaba por separarle.

Era una lucha cruel que tenía lugar en su intimidad y que, durante toda la noche, se resolvió en copiosas lágrimas que le quemaban su rostro, de ordinario tan pleno de belleza, un poco sombreado por cierto nublamiento de amargura que había quedado en él como consecuencia de los infinitos infortunios que la habían rodeado desde su niñez.

Y llegó el día en que había de disputarse el campeonato de baseball. Desde por la mañana, el campo de juego estaba ya lleno de espectadores, entusiastas y fervientes aficionados.

En las primeras horas de la tarde, tomaron asiento,



en localidades numeradas, Ida, el periodista y Jaime. En las primeras horas de la tarde, tomaron asiento, diera pasar aquel día, aunque no podía admitir que Bat pudiera dejarse derrotar.

Comenzó el partido en medio de un silencio imponente. Los millares de espectadores que había, parecían haberse puesto de acuerdo para que no se oyera ni casi como respiraban. Los jugadores, rodeados de tanta gente silenciosa, estaban, naturalmente, un poco cohibidos, como si algún terrible peligro les amenazara.

En la primera parte del juego, ni Bat ni el principal jugador del otro partido tomaban parte. Se reservaban para el final, que es cuando la suerte debe ser definitivamente resida. En esa primera parte, el equipo Angeles había ganado tres y tres el equipo Vernon, de modo que estaban emperados, y todo el público que asistía al partido, y todas las gentes del país aficionadas al baseball, que seguían las incidencias del partido por las noticias que el teléfono les llevaba, estaban pendientes de lo que faltaba por jugar.

Bat se preparaba para intervenir en la segunda parte del juego. Lute, que con toda su cuadrilla se hallaba en localidades especiales, sospechando que Bat jugaría y ganaría, como le había dicho, sacó su bloc de notas, escribió en una hoja unas breves palabras y se las envió a Bat con uno de sus secuaces.

Antes de que Bat hubiera leído lo que Lute le decía, el que le llevó el papel desapareció. Bat palideció al leer lo que Lute había escrito, que decía: «Hace algunos años, un prisionero conocido por el nombre del «Niño de la Pipa» se escapó del Juzgado. Nunca fué capturado, pero yo sé dónde está. Vernon tiene que ganar hoy.»

Bat vió que se abrían de nuevo para él las puertas de presidio, y tuvo miedo. Así, llamó al que hacía de árbitro del juego y le dijo:

—Yo, yo estoy enfermo, y no puedo jugar.

—¿Qué te sucede? ¿Quién te ha comprado?

—Nadie me ha comprado; estoy enfermo.

El árbitro salió al campo y, provisto de una bocina, avisó al público:

—Bat Slugree se ha puesto enfermo. Stark jugará en su lugar en el equipo Angeles.

En el público se formó una gritería enorme, de protesta. Lute sonrió cínicamente. Jaime sufrió de un modo horrible al saber aquella noticia. El periodista no dijo nada, pero esperaba que aquella sucediera. Ida, a decir verdad, fué la que sufrió más. Kid no había cambiado. Era el mismo que tan mal se había portado con ella.

El juego comenzó de nuevo y el equipo Angeles llevaba las de perder. Bat, solo en el sitio donde se vestían los jugadores, sufría de un modo horroroso, luchando con su miedo a volver al presidio y con lo que, por el recuerdo de las palabras de Jaime, creía que era su deber.

Y el juego seguía, entretanto, cada vez más desfavorable para el equipo Angeles. Estaba ya el partido en la segunda parte del noveno periodo y había dos carreras a favor del Vernon y ninguna para el Angeles, lo cual fué motivo para que arreciaran las protestas del público, que daba grandes gritos pidiendo que Bat jugara.

De pronto, comenzaron a aparecer unos grandes carteles en distintos lugares del campo, que decían:

—¡Que juegue Bat Slugree!

—¡Queremos que juegue Bat!

—Si no juega Bat, el partido no vale!

Y otro sin fin de carteles, pidiendo la presencia de Bat, se alzaron en todos lados, cada uno de ellos con letra distinta y muy grande en todos ellos.

Bat, oyendo todo aquello, solo, se retorció de dolor,



de un dolor moral que nunca hasta entonces había sentido. De pronto, mirando a la lejania fijamente, como en loco, vió de una parte a un carcelero que lo encerraba en una celda y de otra parte a Jaime, que le repetía palabras de aquel día memorable para él:

—Yo y mis amigos sabemos el buen nombre que usted tiene, Bat!

Y ésta, que era la voz del deber, y la que había triunfado su honor, y el honor en su más estricto significado, tuvo más fuerza que el miedo. El carcelero desapareció de ante su vista y solo quedó Jaime, que le animaba para que cumpliera como un hombre de honor.

Salió pues, decidido, al campo de juego. Lo primero que vieron sus ojos, fué un grupo de carceles que decían:

¡Que juegue Bat Shugrue!

¡¡Damos a Bat Shugrue!!

¡Bat Shugrue!

—¡¡Queremos a Bat Shugrue!!

¡Shugrue! ¡Shugrue! ¡Shugrue!

Al ver que Bat estaba en el campo acudió el árbitro, que después de unas palabras de Bat, anunció de nuevo al público:

—Bat Shugrue terminará el partido en el lugar de Stark.

Se oyó un aplauso cerrado, entusiasta, estruendoso.

Un momento después, en el décimo período del partido que era el último, la victoria rotunda y definitiva, quedaba, por virtud de la intervención de Bat, para el equipo Angeles. En aquellos instantes, Bat hizo un *un in de chome-runs*.

El público quiso sacarle en hombros. El se negó. Lute y los suyos salieron para hacer una denuncia. Pero Bat se les anticipó. Buscó a Ida y a Jaime y como el periodista estaba con ellos, también a él. Los cuatro

subieron al auto de Bat y éste dio orden al chófer de que los llevara al domicilio del juez de cuyo juzgado se escapó el día.

Bat hizo pasar su tarjeta y fué recibido en seguida. En la puerta, esperando la decisión del juez, quedaron los otros tres.

Va ante el juez, Bat dijo:



—Yo no me llamo Bat Shugrue. Soy el «Niño de la Pipa», que se escapó de su juzgado una noche, hace cinco años, y vengo a entregarme.

El juez, viendo que aquel hombre se había transformado, le contestó:

—Un Bat, libre, es más valioso para la juventud de América, que un millar de «Niños de la Pipa» en prisión. Es pues, usted, libre.

Gozoso, salió de allí Bat. E Ida, al verle salir, no pudo disimular su alegría, y le abrazó. El periodista no



necesitó saber más, y se despidió. Y como Bat le insistiera en que debía acompañarles, contestó:

—No; tengo que ir a casa a escribir el último párrafo de su historia, que acaba con el triunfo del honor y el del amor.

Ida miró al periodista agradecida por su mucha comprensión. Este comenzó a andar y el auto de Bat partió. Jaime se hacía el distraído para que su hermana y Bat se besaran.

FIN



# Cine Popular

Revista semanal ilustrada. — Sale los miércoles. — 20 páginas con profusión de grabados, elegantes cubiertas a colores y preciosas fotografías por el nuevo procedimiento del hucco-grabado. — Precio, 20 céntimos.

**CINE POPULAR** no es una revista cinematográfica como tantas en su género, únicamente interesantes a los industriales, comerciantes y personas relacionadas con este arte. No es tampoco una publicación, aunque excelente, cara.

**CINE POPULAR** reúne a las condiciones de economía todas las excelencias de información, ilustración gráfica, actualidad e interés de las mejores revistas, aventajándolas aun en muchos casos, ya que sus artículos son originales y sus informaciones inéditas en España. A esto junta, como su nombre indica, el especialísimo interés popular, social y artístico, tratando estos asuntos e ilustrándolos con la simpatía y docto conocimiento que se merecen.

Además de los artículos, críticas, informaciones, etc., contiene cada número cuatro páginas de folletín encuadernable, argumentos de las principales obras, siluetas documentadas de los grandes artistas, cuentos y anécdotas del Cine, notas de interés, etc., etc.

Tiene además, a disposición de sus lectores, una magnífica colección de argumentos cinematográficos elegantemente editados y un archivo riquísimo de postales de todos los artistas de la pantalla.

Para pedidos: «Publicaciones Mundial»,  
Barbará, 15, Apartado Correos 925. Barcelona